

## EL HOMBRE DEL CAMPO

Fernando Cano Gea

Dice Antonio en la presentación de su libro "Cosas del Sur": "Mis progenitores lo fueron, yo también. Por ley de herencia, y aún más por temperamento, pertenezco al campo andaluz; a la aristocracia de las ocupaciones, agricultor en tierras del Sur". Y también de manera tajante: "Esto me define y lo demás huelga".

Como todo hombre polifacético y de imaginación desbordante, tenía Antonio tantas personalidades como amigos o gentes que le escucharon y compartieron con él un rato o una actividad. Recuerdo y guardo los recortes de prensa que, al día siguiente de su muerte, se llenaron los diarios locales sobre todo, de opiniones sobre Antonio Cano, en ellas había un factor común: su bondad, por lo demás, cada cual le enjuiciaba como el mejor en lo que le conocía. Eso era también muy de Antonio, ser el mejor en todo lo que hacía; lo era con esa sencillez con que se suceden los días, con la singular humildad con que el sol al amanecer nos muestra la infinita belleza de su luz.

Nadie habló entonces del Antonio Cano hombre de campo, agricultor, trazaador de besanas y cosechador de trigo. Yo siempre le traigo a mi memoria como parte esencial del paisaje de Los Llanos; le veo aparecer por la loma de la Calera, montado en la yegua castaña, casi tan lista como él: a caballo, siempre a caballo por entre las ovejas. Precisamente, él me enseñó a sostenerme sobre un caballo y a dominarlo. Tenía yo seis años cuando empezó a darme lecciones ecuestres. Me explicaba qué era un caballo y me ilustraba las definiciones con unos dibujos sensoriales. Las clases prácticas eran terroríficas; hacer corvetas, grupadas, andar de costado, etc., eran los palotes del sistema de enseñanza que practicaba Antonio. Cuando la cosa se me ponía al borde de la deserción, que por cierto era imposible, ya que, recelando de mis intentos de huida, se llenaba los bolsillos de pie-

dras y, a pedradas, me hacía recobrar el arrojo imprescindible, nos íbamos a los cortados y terraplenes del Pilacón y nos hacía al caballo y a mí tirarnos por ellos. Su frase de aliento en los momentos de duda y pavor (¿por qué no decirlo?, sí, pavor): “¡Adelante, mariconazo!, ¿no ves que por ahí bajan las cabras?” Y yo también, ¿qué otra solución tenía?. El caso es que aquellas aventuras me dieron una enorme confianza en Antonio y en sus decisiones, por estrambóticas que parecieran. Jamás tuvimos un percance y yo, aunque a veces asustado, fui el chiquillo más feliz del mundo y todo gracias a este tipo raro y cariñoso.

Al terminar la guerra civil, apareció por casa y me trajo unas espartañas que me había hecho. Supongo que nunca fui descalzo, pero yo solo recuerdo como mi primer calzado aquellas espartañas.

Estando yo estudiando en Madrid, recibí carta suya en la que me pedía algún libro para distraer las largas tardes al lado de la lumbre en el cortijo. Le mandé la Guía de Campo de las Aves de España y Europa, que por entonces acababa de aparecer. Pues bien, a las pocas semanas me reuní con él en Los Llanos y ya sabía, el muy bribón, más que nadie de pájaros y había escrito varios artículos asombrosos y documentadísimos en las revistas especializadas de ámbito internacional. Naturalmente, pasé a ser su alumno.

Antonio en el campo, en la tierra, como decimos la gente del arado y el par de mulas era el Antonio Cano completo, el inteligente, el observador, el poeta, el bondadoso, el hombre de la infinita delicadeza y respeto para con los demás, el Antonio que todos tuvimos la inmensa dicha de haber conocido.

Nuestro hermano Eduardo, amigo de los pareados, entre bromas y veras, le definió con éste: “Don Antonio el ornitólogo, que su vida fue siempre un prólogo”. Y tenía toda la razón.